



Territorio: la universidad y sus muros

La pregunta por el territorio

Por Mario Greco

Secretario de Cultura, Comunidad y Territorio, UNSAM

Julio Villar, ingeniero químico de la Universidad Nacional del Litoral, venía de un largo exilio mexicano, había dirigido los institutos de investigación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en la gestión de Carlos Abeledo con Manuel Sadosky como Secretario de Ciencia y Técnica bajo la presidencia de Raúl Alfonsín. En el año 1992 fue invitado a colaborar en la gestión de una Universidad Nacional recién creada en el partido de Quilmes, la UNQ. Yo lo había conocido hacia finales de los años ochenta en sesiones de psicoterapia grupal conducidas por el gran Dicky Grimson. Hacía mis primeras armas de sociólogo profesional en la secretaría de planificación educativa de la Universidad de Buenos Aires, donde la gestión shuberoffista se erigía como un bastión ilusorio frente a la década neoliberal por venir.

Villar me invitó primero a su casa para mostrarme las carreras que se habían creado en la UNQ (una mezcla de creatividad extraña y lugares comunes, para mi mirada definida por el prejuicio "ubista"), y luego me llevó a una fábrica abandonada en la ciudad de Bernal. Era la planta textil del grupo Fabril Financiera que había dejado de funcionar hacía unos años, y al que yo conocía porque mi padre Leonardo había trabajado como tipógrafo durante más de treinta y cinco años en los talleres de artes gráficas del mismo grupo, en el barrio de Barracas. El Estado le había cedido a la universidad la mitad de ese predio para emplazar allí sus instalaciones. Mientras recorríamos el lugar, Julio me contaba las obras que tenía en mente para convertir ese monumento a la revolución industrial de la sustitución de importaciones en un espacio para hacer ciencia y formar profesionales.

Una ciudadela industrial de catorce hectáreas enclavada en el barrio parque, concebida como espacio autónomo al punto de tener su propia usina de energía, rasgo que sin duda incidiría en el diseño organizacional futuro. Al final del paseo le pregunté con qué presupuesto contaba y su respuesta fue de un monto absurdo para tamaño proyecto. Hice silencio y días después comenté con un amigo en común que creía que Villar se había vuelto loco.



Centro Universitario de la UNSAM, en el penal de José León Suárez (Evelyn Schonfeld)

En diciembre de 1992 se normalizó la Universidad de Quilmes. La primera de una serie larga de varias oleadas de creación de universidades en el conurbano bonaerense. Allí estuve durante más de una década.

Promediando el gobierno de Alfonsín surgió un debate que tomó fuerza al compás de la crítica que los medios de la derecha clásica dirigía a la restauración de los principios básicos de la política reformista en las universidades públicas de gestión estatal. Luego de años de políticas de *numerus clausus* e intentos de arancelamiento de la educación superior por parte de la dictadura, la presión por el ingreso era entonces realmente masiva, fueron los años de la creación del Ciclo Básico Común. En ese contexto, la Universidad de Buenos Aires ensayó varios movimientos de salida de los *clusters* de la Plaza Houssay, el polo Agronomía y la Ciudad Universitaria, creando sedes del CBC en las periferias de la ciudad (Parque Lezama, Coghlan, Drago) y luego en el conurbano, con sedes en Avellaneda y San Isidro (partidos gobernados por el radicalismo). La iniciativa tenía el efecto simbólico de desagotar de masas de ingresantes las zonas de facultades e iniciar un proceso de descentralización.

Los noventa serían años de profunda innovación institucional en el mundo de las universidades públicas, no solo porque se crearían en muy

poco tiempo varias universidades en distintos partidos del conurbano (Quilmes, La Matanza, San Martín, Tres de Febrero y Lanús), sino también porque se sancionaría la Ley de Educación Superior, y con ella se crearían la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU) y políticas públicas activas para el sector. Esas políticas llevarán la marca de un nombre propio: Juan Carlos Del Bello. Primero desde la Secretaría de Política Universitaria y luego desde la de Ciencia y Técnica, Del Bello protagonizaría los debates, las polémicas y los intentos más serios de actualización del sistema y se lo identificaría como el constructor de institutos que rigen en buena medida la vida de esos mundos académicos, científicos y tecnológicos hasta hoy.

Cada universidad del conurbano construirá una historia propia, los responsables de esas narraciones y aquellos que la relaten seleccionarán unos hitos y no otros, se encargarán de escribir sus épicas fundacionales. Fueron esos sesgos los que permitieron discutir durante años sobre modelos, estilos de liderazgo, mayor o menor articulación con el resto del sistema, internacionalización y reformas curriculares, entre otros. Más aun, fueron también los tiempos de emergencia y consolidación de un campo de estudios: la universidad como objeto de investigación, impulsado tempranamente por Pedro Krostch.

Fundar universidades en aquel contexto fue una tarea ardua porque implicaba la conjunción de tres elementos: un liderazgo, una comunidad académica y un *locus*. No son pocas las historias en las que los "rectores organizadores" –nombrados por un decreto presidencial luego de que la ley creaba la institución– salían a recorrer las ciudades de referencia y a conversar con sus autoridades para encontrar un lugar "donde funcionar". En casi todas estas ciudades había antecedentes de "comisiones pro universidad de...". Fuerzas vivas locales, integradas por sectores medios, representantes de colegios profesionales, cámaras empresarias, reunidos en muchos casos bajo consignas del tipo "para que nuestros hijos no emigren a la UBA". Entre las innovaciones que introducía la nueva ley se preveía la presencia de la sociedad local promoviendo la constitución de "consejos sociales comunitarios" que en general fueron integrados por miembros de aquellas "comisiones pro fundación de...". En ese contexto los primeros rectores intentaron implantar sus proyectos.

El primer rector de la Universidad de San Martín, Daniel Malcolm, filósofo, ensayó un tipo de diseño institucional profundamente original. Sin edificio propio, el asociacionismo fue la marca de los primeros años: sociedades concretas con instituciones científico-tecnológicas de la zona. Se

consolidó la idea de que el territorio de la universidad es el territorio de quienes le daban acogida. Así surgieron las asociaciones con el Instituto Tecnológico de Chascomús del CONICET (conducido por dos prestigiosos discípulos de Leloir, Rodolfo Ugalde y Carlos Frasch), con la Comisión Nacional de Energía Atómica (CONEA), y con el Instituto de Tecnología Industrial (INTI). A ellas se sumarían el Servicio Nacional de Discapacidad y la Fundación de Altos Estudios Sociales presidida por José Nun. Hacia fines de 1999, hubo una creación que le dio sentido de localización a esa convergencia: el Polo Tecnológico Constituyentes (que incorporaba dos nuevas instituciones: el Servicio Geológico Minero Argentino y el Instituto de Investigaciones Científicas y Técnicas para la Defensa).

Podríamos definir esta primera etapa de UNSAM como “misionera”: lle-

una tendencia que leía positivamente o con cierta candidez la potencialidad transformadora de los procesos de descentralización. Tiempos en los que la cercanía entre político y ciudadano obtuvo su máxima valoración.

Transitando esa primera etapa, la UNSAM encuentra un espacio físico donde instalar su campus. Unas veinte hectáreas pertenecientes otrora a la empresa nacional de ferrocarriles, cedidas para inscribir allí el *territorio* de una universidad. Esta segunda etapa de asentamiento está signada por un logo que muestra al edificio del Tornavías (uno de los dos existentes en la provincia de Buenos Aires), seguido de un eslogan: “la universidad metropolitana”. La elección de ese atributo suponía una declaración de su espíritu: muy cerca de la avenida General Paz, incluso más cerca de los barrios del oeste y de la ciudad de Buenos Aires que de los márgenes

de intervención pública, de diálogo con la sociedad, manteniendo un estilo académico aristocrático que conjuga bien con las palabras arte, innovación tecnológica, ciencia, humanidades y pymes.

Una conjunción de tres hechos generaron un giro crucial en la misión institucional implícita. El primero fue la profundización de la crisis social derivada del agotamiento del modelo económico sintetizado (de manera reduccionista) en la figura de la “convertibilidad” que eclosiona a fin del 2001; el segundo fue la creación de las carreras de grado de Sociología y Antropología (las primeras, por fuera de las de la UBA, creadas en el área metropolitana) en el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES); y el tercero fue la irrupción de la “cuestión social” de San Martín a partir de la intervención en una asamblea de elección de rector de un dirigente so-

Migrantes en Reconquista

Este programa de la UNSAM con el apoyo de IDRC ha buscado durante cuatro años generar conocimientos sobre las condiciones socioambientales de las familias y, en especial, de las mujeres migrantes que habitan el Área Reconquista de San Martín. Además, continúa una larga tradición (iniciada por Paulo Freire y Orlando Fals Borda) que combina investigación académica de calidad con acción política y participación comunitaria mediante un diálogo permanente entre universidad y territorio. Nuestra investigación-acción se ha propuesto no solo conocer los vínculos entre cambio climático, género y migración, sino también generar dispositivos para transformar las múltiples desigualdades de este territorio del conurbano bonaerense; no solo recabar datos de interés y trabajar de manera interdisciplinaria con equipos y escuelas de la universidad, sino también acompañar demandas y realizar acciones concretas para mejorar las condiciones de vida de quienes habitan esta zona de nuestro municipio, contribuyendo así a crear conocimiento situado útil para la incidencia en el debate público. Para esto, además de producir información confiable, procuramos fortalecer las redes interinstitucionales, promover procesos educativos dialógicos y co-crear herramientas artísticas para la comunicación popular. El foco de esta investigación-acción siempre ha sido las “migrantes” y sus familias, esas que llegaron a estos casi quince barrios del conurbano bonaerense desde zonas rurales de provincias argentinas como Misiones, Chaco, Formosa, Santiago del Estero o Tucumán o de distintos rincones de la “patria grande” (Paraguay, Bolivia y Perú) y que hoy son una parte considerable de su población. Son ellas, por un lado, las principales afectadas por los problemas socioambientales, tanto donde nacieron (por un modelo que degrada los ecosistemas naturales e impide la agricultura familiar) como del Área Reconquista donde residen (vinculados con la contaminación del segundo río más contaminado de América y la presencia del segundo basural a cielo abierto más grande de América, también, que produce además la mayor emisión de gas metano del mundo). Como contrapartida a estos desafíos, ellas son las grandes creadoras de las estrategias colectivas de adaptación



El río Reconquista es el segundo más contaminado de América (Evelyn Schonfeld)

var universidad allí donde se puede establecer un diálogo sobre la base de compartir el código comunicacional, donde la universidad pueda ser escuchada. Fue un tiempo de apertura y también de mucha recepción de las voces de esos otros semejantes. El territorio propio se empezó a llevar como resultado de esa experiencia de intercambio y aprendizaje. Porque al mismo tiempo que se dialogaba con científicos, tecnólogos e intelectuales, se interactuaba con el municipio, con el mundo de “la política”, la nacional y la local. Se buscaba fortalecer los vínculos con el diputado nacional del distrito que sería clave a la hora de negociar presupuestos en el Congreso. Ese momento coincidió con la expansión de un campo de estudios sobre los gobiernos locales, una suerte de efecto tardío del *small is beautiful*, o bien los estertores finales de

nes de San Martín, la UNSAM quería una universidad moderna, abierta a la gran ciudad y a los distritos vecinos. La proveniencia demográfica de sus alumnos confirmarían esa orientación. La política y la gestión de la educación superior supone sopesar esas variables, los departamentos primero y luego las áreas de planificación empiezan a ofrecer información cada vez más sofisticada sobre la demanda potencial de sus beneficiarios.

La sucesión de Malcolm encarnada en otro filósofo, Carlos Ruta, profundizó muchos de los rasgos iniciales del modelo “San Martín” y dio un impulso fenomenal al proyecto de consolidación del campus Miguelete y al despliegue de la oferta curricular. En esas primeras dos décadas la universidad fue modelando su tono y caracterizando su discurso institucional, consecuente con sus prácticas

cial de larga trayectoria en el distrito: Ernesto “Lalo” Paret. La arbitrariedad de esta elección es obvia y, sin duda, injusta. Cada hecho puede ser discutible; en efecto, la crisis no empezó a fines del 2001, las ciencias sociales en la UNSAM no comenzaron con la creación de esas carreras y los vínculos con el mundo popular existían antes del acercamiento de Paret. Señalo esos hechos porque promovieron y favorecieron el punto de partida de un cierto estrabismo en la mirada de la institución que se colocó el interrogante sobre el *qué hacer* con esa realidad que de pronto tomaba la palabra y reclamaba el derecho de apropiarse de su universidad.

Hacia tiempo que pedagogos, politólogos, químicos y físicos trabajaban con la problemática de la cuestión ambiental tan característica de los márgenes del distrito. Pero a par-

que garantizan todos los días la sustentabilidad de la vida mediante una red de cuidados comunitarios.

Partimos de la idea de que la educación y el arte son herramientas poderosas para un diálogo horizontal de conocimientos diversos y situados, un diálogo necesario entre universidad y territorio que promueva un proyecto de sociedad verdaderamente basado en la igualdad, la justicia y la libertad de todas las personas. Realizar un proyecto de investigación-acción como *Migrantes en Reconquista*, con grandes ambiciones, como contribuir a transformar las desigualdades interseccionales, fomentar el diálogo interdisciplinario y de saberes, y coordinar el trabajo colectivo en una institución pública, es un desafío para el que nada puede prepararnos. No existe formación académica ni capacitación laboral que indique el camino correcto, solo la práctica de acierto y error, la escucha atenta de las otras y un humilde aprendizaje constante y cotidiano pueden ayudarnos a enfrentar semejante hazaña. En ese sentido, *Migrantes en Reconquista* es el producto de un trabajo colectivo y comprometido, que es en verdad un espacio de aprendizaje dialógico entre universidad y eso que se llama "territorio".

Fragmentos experienciales:

"En el barrio tienen que arreglar la calle, tirar todo abajo y hacer un puente. Lo estamos planteando hace muchos años y hasta ahora no pasa. Esto que hacemos acá nos sirve, nos ayuda para reclamar, para entender cómo hay que hacer la calle para que aguante el colectivo. Este mapeo es una herramienta interesante para cuando vayamos a la reunión con el señor que está encargado, podríamos llevarlo en una hoja para mostrarle".

Rosa Valencia (Colectividades Unidas sin Fronteras)

"El hablar. En la escuela [secundaria técnica de UNSAM] nos enseñan eso, hay una materia que es solo para eso. Un compañero decía 'yo no participo porque yo no sé'. Pero ahí está la cosa: ¡animate, habla, decí lo tuyo!".

Estudiante de la Escuela Técnica de la UNSAM

tir de un momento empezó a formar parte de la narrativa de la institución la frase "estamos en un distrito donde un tercio de la población vive sobre y de la basura". Se multiplicaron las acciones y las intervenciones en el territorio (presentaciones de libros en el CEAMSE, laboratorios de arquitectura urbana en las zonas más deprimidas, talleres de formación profesional, trabajo intenso con las escuelas primarias y secundarias). En unos pocos años la univer-

práctica al punto que sus producciones fueron procesadas comunicacionalmente para pasar a formar parte de la narrativa institucional. Desde SEPTeSA se acompaña a las cooperativas de recicladores del CEAMSE a concretar el pago por la tonelada reciclada. La primera nota de la revista *Anfibia*, escrita a cuatro manos por el sociólogo Ariel Wilkis y el cronista Sebastián Hacher, narra y explica los intercambios económicos y sociales en el mundo "La Salada". Waldemar



Trabajadora de una cuadrilla de limpieza del ambiente (Evelyn Schonfeld)

sidad decide trasladarse a ese "otro territorio" y, respondiendo al pedido de unos presos de la unidad 48 de la cárcel de San Martín, crea un centro universitario para comenzar a dictar allí la carrera de Sociología (CUSAM) y construye luego la Escuela Secundaria Técnica en la misma zona del ecosistema del Reconquista.

Un grupo particular de investigación en ciencias sociales con una inscripción desterritorializada académicamente (SEP-TeSA, Sociedad, Economía y Política - Teoría Social Aplicada) se dedicó a hacer desarrollos teóricos sobre el encuentro de esos dos lenguajes, los de la academia y los del territorio. Partiendo del concepto benjaminiano de experiencia, enriquecido por las tradiciones de la teoría habermasiana y la escuela pragmatista, dieron sustento a esta

Cubilla, alumno del CUSAM, termina su carrera de Sociología en el campus, pasa a integrar el equipo de SEPTeSA y lidera el emblemático proyecto Biblioteca Popular La Carcova. La universidad construye sentidos en la vida junto al mundo popular.

Un nuevo rector, Carlos Greco, dio inicio a una formalización de trabajo en el territorio, creando el proyecto "Territorio educativo". Su gestión explicitó la visión y la misión institucionales, recogiendo la tradición y la historia de treinta años, aceptando el compromiso de lo que implica "hacer universidad", pero al mismo tiempo con todos los sentidos abiertos al territorio. Durante un año se reunió con buena parte de los actores sociales relevantes de San Martín (empresarios, escuelas, sindicatos, gobierno local, partidos políticos, asociaciones

profesionales, organizaciones sociales, iglesias de distintos credos). Su proyecto fue consolidar la idea del encuentro de saberes en una ecuación donde el conocimiento producido y transmitido en la universidad se encuentra con ese otro de sí para completarse, transformarse, interpelarse, devenir crítica o desecharse. Una idea de acumulación y registro de cada una de las experiencias que suponen los múltiples *encuentros* como ratificación de esa definición insiste y se institucionaliza: somos un territorio educativo. Todas esas organizaciones fueron invitadas a la asamblea anual donde el rector rinde cuentas en nombre de la comunidad del trabajo de cada año: un gesto político de gran impacto y apertura a la sociedad. Lo demás será historia y se escribirá en estos días: se crea un ámbito institucional específico y la palabra "territorio" se incluye en el organigrama institucional.

¿Alcanzan los trazos que emergen de este relato parcial para agotar las preguntas que surgen sobre la responsabilidad de una universidad del conurbano con lo que ella misma entiende, confunde, o define como su entorno? ¿Cómo se mide el desarrollo de una sensibilidad particular hacia problemáticas que la desbordan en una institución que tiene que administrar todo el tiempo la tensión entre sus definiciones axiomáticas y sus designios institucionales ante perfiles y prácticas profesionales, incluso aquellas promovidas por el propio sistema científico y tecnológico, que contradicen las propuestas de un trabajo colectivo puesto al servicio de una mejora en la calidad de vida de las mayorías?

"Por sus frutos los conoceréis", dice Jesús en el Evangelio de Mateo. En San Martín se trabajó durante años para una vacuna contra el mal de Chagas y más recientemente la universidad respondió con contundencia a los desafíos de la pandemia (test de detección rápida de covid, barbijos, vacuna, suero hiperinmune, programas de formación profesional, índice de movilidad ciudadana, articulación territorial y asistencia a comedores comunitarios, entre otras iniciativas de alta relevancia e impacto).

En tiempos de fractura social, de discursos de odio y de estigmatizaciones, el rol de la universidad será cada vez más complejo. Solo si se supera la pulsión a entender al territorio como espacio de intervención u objeto de nuestras investigaciones, solo si podemos someter a crítica la paradoja de que los problemas sociales producen o alimentan carreras académicas individuales muchas veces exitosas, solo si somos capaces como instituciones de conocimiento de dar un salto verdadero hacia el saber, sabiendo que habrá que gestionar siempre el conflicto entre este y la verdad (científica), solo así podremos dinamizar una práctica autorreflexiva, crítica y auténtica.

Fabricar universidad-territorio

Por Anaïs Roig

Este texto propone ser una evocación, en el mejor de los casos una provocación, al recordarnos y discursar sobre la idea de universidad pública como territorio de saberes plurales y heterogéneos.

Evocación porque se inscribe en una trayectoria y se asume como producto de un diálogo colectivo¹ en el cruce de diversos encuentros, talleres y debates entre Lectura Mundi, el equipo SEP-TeSA (Sociedad, Economía y Política - Teoría Social Aplicada, EIDAES) y varias iniciativas de la UNSAM que, junto con actores productivos y organizaciones sociales de la comunidad de San Martín, torcieron sentidos instalados sobre la idea de "extensión universitaria". Articulacio-

nes *transterritoriales entre universidad y organización de comunidad*, varias de ellas institucionalizadas -como puede ser el caso del Centro Universitario San Martín (CUSAM) instalado en la unidad 48 del Servicio Penitenciario Bonaerense o la Escuela Secundaria Técnica UNSAM, entre otras-, que perturban y difuminan los lindes epistémicos comúnmente establecidos entre "universidad y territorio".

De alguna forma se trata de retomar el hilo de una conversación para incitarnos a un retorno reflexivo sobre el valor instituyente, potencialmente transformador, del conocimiento generado en el diálogo constructivo entre los distintos territorios de saber en los que nos inscribimos.

La primera incitación es la de pensar la "universidad" como "territorio" y el "territorio" como "universidad", buscando de-sustancializar sus fronteras, a riesgo de incomodar. La idea de territorios de saber alude a las relaciones sistemáticas entre experiencia comunitaria o sus saberes sociales-orga-

la pregunta por los modos de construcción de una conversación dialógica organizada entre saberes sociales-organizantes y saberes científicos. Reduciremos y estilizaremos estos saberes al conducirlos a dos conceptos: comunidad organizada y universidad, partiendo de un *principio de igualdad epistémica* entre ambos, al modo en que lo sugiere Jacques Rancière.² Este punto de partida es preciso para volver a imaginar un vínculo conflictivo, o al menos atravesado por una tensión probablemente indisoluble entre comprensión, búsqueda de emancipación e institucionalización de saberes cuyas valencias y legitimidades cargan con el peso de la historia que los constituye.

Una forma de entender esta relación orientada al entendimiento comprensivo es la *empatía*. Tal como lo distingue Richard Sennett,³ al igual que la simpatía, la empatía transmite reconocimiento mutuo, pero se diferencia de esta en la medida en que se realiza mediante un encuentro en el que se presta atención al otro en su particularidad y se



El 3ia con estudiantes y trabajadores en la planta de reciclado de la Cooperativa Bella Flor, que forma parte de la Mesa Reconquista de organizaciones (Pablo Carrera Oser)

1. Este texto recupera diversas contribuciones de elaboración colectiva del equipo de investigación SEPTeSA, en el marco del proyecto de investigación "El conflicto de saberes y políticas en la universidad contemporánea: Estado, economía y mundo de la vida" (2015-2016), así como en el taller Saber y Experiencia (2013-2018). En particular, para la presente nota retomamos y adaptamos aportes publicados en Bilański y Roig, 2015; Rojas *et. al.*, 2018 y Roig, 2020.

Anaïs Roig es magíster en Antropología social (IDES/EIDAES, UNSAM) y doctoranda en Sociología (EIDAES, UNSAM/LCSP-Université Paris Cité). Licenciada en Sociología (Université Jean Jaurès - Toulouse II) e investigadora de SEPTeSA (EIDAES-UNSAM). Es docente de la Escuela IDAES y de la Universidad de Buenos Aires.

nizantes (organizaciones sociales y productivas que por sus lógicas, historias y horizontes político-prácticos, se apartan, aunque sea a veces bajo el signo de la ambivalencia, de lógicas capitalistas) y saber ilustrado o aquellos que suponen reglas metodológicamente objetivadas y validadas por una comunidad de pares. Proponemos, así, una comprensión del territorio como *vínculo*, lo cual implica tomarse en serio los discursos de quienes dicen compartir acción, sus saberes y sentidos específicos, así como de quienes disputan sus delimitaciones.

Concebir la universidad -institución paradigmática de producción y reproducción de conocimiento legítimo y de enseñanza- y sus vínculos con saberes comunitarios como laboratorio de una relación comprensiva supondrá interrogar sus coordenadas y condiciones de realización. De fondo se encuentra

ejercita una escucha que supone un descentramiento. No se trata de una disposición moral caritativa, sino de la intención explícita de aprender con y del otro. Así, en tanto modalidad de cooperación social, como las que buscamos reinscribir en los territorios saber universidad y saber comunidad organizada, la empatía supondría dejarse afectar por otro y dejarse afectar en y por la acción con otros.

En este sentido, y en línea con diversos autorxs, una comunicación eficiente entre dichos territorios supondrá un compromiso activo de lxs sujetxs involucradxs para establecer un terreno

2. Jacques Rancière, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2007.

3. Richard Sennett, *Juntos. Rituales, placeres y políticas de cooperación*, Barcelona, Anagrama, 2012.

"Nosotrxs nos criamos ya golpeadxs, nos vienen golpeando con que 'no sabés', 'no podés'. Esto mismo de ir a estudiar y que te digan que es para salir del barrio. Es re violento eso. No, loco. Yo no quiero salir del barrio. Yo soy orgullosamente Libertador, voy a morir en Libertador y a mí me duele cuando me dicen 'Eri, vos hablás bien, vos tenés que irte de acá, tenés que salir del barrio'. No, yo hablo y hago todo esto para el barrio, para todxs lxs del barrio.

[...]

Cuando yo terminé el secundario veía la universidad como algo que no era para mí, porque yo era del barrio, pero a través de las políticas de inclusión que tiene la UNSAM, llegó al barrio. La UNSAM llegó al barrio y era eso lo que nosotrxs necesitábamos. Porque es muy difícil para lxs xadres, para lxs pibes poder llegar hasta acá. Pero que la universidad vaya al barrio fue una transformación del 100% y gracias a eso hoy nosotras, mujeres del área, estamos acá debatiendo".

Erika Recalde (Bachillerato Popular La Esperanza)

"En 2019, con una caravana de miles de compañerxs, declaramos José León Suárez un 'territorio de buen vivir'. No somos solo un territorio educativo, con experiencias de organización, sino que intentamos recuperar esos orígenes americanos que tienen que ver con toda la historia de esta cuenca del Reconquista. Con los caporales de Bolivia y las danzas de Paraguay, con nuestros indios querandíes. Con los laburantes, con todos esos obreros que venían a José León Suárez para laburar por un mundo mejor, para darles de comer a sus hijos. Con nuestra quema, con nuestros cirujas, con nuestra historia cartonera.

[...]

Las mujeres son las primeras que empujan muy fuerte para tener los galpones. Les venía mejor para organizar a su familia, porque generalmente todas estaban a cargo de pibes, establecer un horario de laburo, dejar de ser súbditas de la policía.

[...]

Los cirujas separan todo el papel, pero si la empresa que lo compra es una sola, Papel Prensa, es la empresa la que pone el precio. La misma empresa que fue gestionada por la dictadura, que fue negocio de los milicos. Cada ciruja que anda por la calle con el carro lleno de cartón podría ganar mejor, vivir mejor, si no hubiera

monopolio en las empresas que compran los reciclables".

Teresa Pérez (coordinadora de la red Migrantas en Reconquista, profesora de la Escuela Secundaria Técnica de la UNSAM e integrante del Bosque Urbano UNSAM)

"Es un sueño que yo tengo. A nosotrxs nos encantaría que la basura no siga viniendo mezclada, que venga separada en origen para que dejemos de tener que meter la mano en mierda, en toallitas, en gusanos, en jeringas. Que las chicas y los compañeros dejen de correr riesgos."

Nora Rodríguez (Cooperativa Bellaflor, CEAMSE y Centro Comunitario 8 de mayo)

"Venimos con esa idea de que 'el título habla'. Eso nos dicen desde siempre en la familia, en la escuela. El título habla".

Rumilda Silva (Casa de la Mujer Kuña Guapa)

"El Estado en general no sabe y no puede mirar la individualidad. No puede porque es muy abstracto, muy general, muy grande. En el caso de los pueblos pobres, que es la mayor parte de los pueblos, generan su propia cultura y su propia educación. Los Estados no pueden definir los modelos de educación para estos territorios. Nosotrxs luchamos desde los territorios para que el Estado reconozca los modelos de educación que no vienen en un papel o en un proyecto que se vota y dura dos, tres, años. El Estado no alcanza, no llega a discernir y a discriminar ese detalle que hace vivo a un pueblo. [...]

La lucha es por instalar el deseo del derecho. Después viene la organización. Porque si unx cree o siente que no tiene ese derecho, no podemos movilizar a nadie. Hay que trabajar para eso. Todo es posible cuando nos hacemos cargo de que tenemos derechos. Cuando sentimos que tenemos derechos, nos ponemos de pie y entendemos que solxs no lo podemos lograr, que tenemos que juntarnos".

Margarita Palacios (Asociación de mujeres La Colmena y Jardín Comunitario La Colmenita)

"En San Martín las empresas recuperadas en general no se quedan solamente en la recuperación de los puestos de trabajo, su sostenimiento, la

común de entendimiento, un lenguaje compartido y, sobre todo, una confianza mutua. Al respecto, retomando la tradición arendtiana de teoría política, Claude Giraud introduce el componente político-efectual que supone todo compromiso (entre sometimiento voluntario y expresión de voluntad): "da cuenta de nuestra autonomía y responsabilidad, nuestra igualdad y alteridad en la diferencia de lo que hacemos para estar en el mundo".⁴

Compromiso en un intercambio lingüísticamente mediado, que será fuente de desarrollo y aprendizaje, en la medida en que una parte se retroalimenta de la otra. Un ejercicio de la voluntad que no responde a una "receta de taumaturgo",⁵ sino a la construcción de un vínculo de comunicación transubjetiva (como decía Habermas) a propósito de un objeto por conocer. Ello implicará desandar un *orden legítimo y unidimensional de saberes*⁶ según el cual los saberes técnicos serían una aplicación de los saberes científicos y los saberes profesionales una aplicación de los saberes técnicos, a los fines de habilitar una generación de conocimientos con potencial valor instituyente. En este mismo gesto se diluye la idea tradicional de vinculación de la universidad con un "entorno" bajo el signo de la transferencia, de la extensión de un saber maduro,⁷ o bajo el signo de la instrucción. Y se aloja, en potencia, el aprendizaje como emancipación, cuando consigue redimir críticamente saberes que no se saben a sí mismos o que societalmente no se reconocen como tales, a la vez que transforma aquellos otros saberes históricamente instituidos.

Se trata de la idea de una formación que excede las fronteras institucionales del aprendizaje formal, en resonancia con una noción de *formación de y en la cultura (Bildung)*,⁸ como cultivo permanentemente activo, reflexivo y enraizado en el mundo de la vida: *creación de conocimiento y (trans)formación de vida social a la vez*. Aquí, territorio de saber se asemejaría a un tipo determinado de cultura mutante y mutable, de y en comunidad, al vincular productivamente distintos órdenes epistémicos.

Sin embargo, desconocer la relación de poder efectiva que atraviesa la conversación dialógica que imaginamos en el presente texto reproduciría cierta violencia simbólica, o cierto sesgo romantizante, al invisibilizar la condición de autoridad legítima(nte)

4. Charles Giraud, *¿Qué es el compromiso?*, San Martín, Unsam Edita, 2013, p.18.

5. Jacques Rancière, *op. cit.*, p. 87.

6. Lucie Tanguy, *Quelle formation pour les ouvriers et les employés en France? Rapport au Secrétaire d'État à l'enseignement technique*, París, 1991.

7. Paulo Freire, *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*, Buenos Aires, Montevideo, Siglo XXI, Tierra Nueva, 1984.

8. Reinhart Kosselleck, "Sobre la estructura antropológica y semántica de Bildung", en *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje*, Madrid, Trotta, 2012.

del conocimiento que encarna la universidad, como institución certificante y habilitante. Tampoco habremos de eludir la tendencia tecnificante, por lo tanto colonizadora, de toda racionalización con pretensiones de objetividad.⁹ Advertir esta dimensión de poder o los conflictos que pueden constituirse en torno a ella es parte de la práctica reflexiva que nos debemos cuando pensamos los intercambios entre estas territorialidades. Nos expone, luego, a asumir la dimensión política de toda construcción de conocimiento reflexiva y comunicativamente mediada.

El proceso de afianzamiento del vínculo entre distintas territorialidades epistémicas, en la Argentina reciente, es parte de una *ampliación del horizonte universitario*, particularmente a raíz de la construcción de diversas universidades en el conurbano bonaerense, entre las cuales está la UNSAM. Dicha ampliación implica, como señalan Julieta del Campo Castellano y Mario Cruz, una discusión activa y crítica sobre el "plus-saber que elabora la universidad, la agenda que la inquieta, y las investigaciones que lleva a cabo, [cuando] son afectadas de modo más directo por lo que las organizaciones sociales, políticas o

tende realizar. De ser así, la universidad-territorio devendría en un espacio-tiempo de organización crítica (deliberativa) y reflexiva de saberes más o menos formalizados y codificados, de suerte que su carácter democratizante no se explicaría por la mera ampliación, sino por la conjunción, siempre conflictiva, de saberes heterogéneos e inicialmente exógenos a la institución universitaria, en torno a aquello que se quiere conocer. Reconociendo que la universidad no es un todo homogéneo, como tampoco lo es la comunidad organizada, nuestra propuesta se orienta a replantear las condiciones de posibilidad de un diálogo interdisciplinario y transterritorial así como su eventual valor instituyente y su potencial transformador.

De allí aflora una segunda incitación que busca interrogar los efectos de los conocimientos típicamente generados y de su carácter desbordante. Desde la perspectiva pragmatista, la formación de saber es pensada como ampliación *transaccional* de horizontes de sentido en la acción significativa que adquiere valor cuando se hace pública. Su eficacia social, pretensión de todo saber *des-enclaustrado*, radicará en "la capacidad de participar en el toma y daca de la experiencia",¹¹ de modo



La Escuela Secundaria Técnica UNSAM, en el Área Reconquista de San Martín: visita de Paco Ignacio Taibo II (Pablo Carrera Oser)

culturales de ese territorio conciben como prioridad".¹⁰

Encontramos en el devenir de nuestra universidad-territorio, tal como la nombran estxs autorxs, indicios de una potencial democratización de la sociedad que reside no tanto en el acceso o la mitigación de los mecanismos de reproducción de desigualdad social en el tránsito por la enseñanza superior, sino en la propuesta epistemológica desafiante que pre-

que en su socialización se genere un plus-valor, al erosionar los límites de la jerarquización social a los fines de descriptar y comunicar experiencias heterogéneas entre sí.

En tiempos en que ciertos consensos que creíamos adquiridos y estabilizados parecen resquebrajarse, reconocer valor en la creación de territorios instituyentes de saber, entre educativos y productivos,¹² aun cuando los sepamos atravesados por tensiones de poder, puede ser una pista para repensar estas territorialidades como formas renovadas de

9. Jürgen Habermas, "Progreso técnico y mundo social de la vida", en *Ciencia y técnica como "ideología"*, Madrid, Tecnos, 1989 y Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Trotta, 2010.

10. Julieta del Campo Castellano y M. Cruz, "El territorio, las fronteras políticas y culturales de la universidad: reforma y democratización", en *Actas de las II Jornadas de jóvenes investigadores en Ciencias Sociales*, San Martín, Fundación de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, 2015.

11. John Dewey, *Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación*, Madrid, Ediciones Morata, 1995, p. 108. Véase también: John Dewey y Arthur Bentley (eds.), "Common sense and science", en *Knowing and the Known*, Boston, Beacon Press, 1949, pp. 185-190.

12. Disponible en: <https://noticias.unsam.edu.ar/2019/05/01/territorio-educativo-san-martin-habla-activa-esta-de-pie/>

Un territorio llamado universidad: habitar (en) la tensión

Por Cecilia Allemandi y Ernesto Paret

bre nos mostraba la realidad desde sus vísceras.

Para esas zonas de sacrificio, la historia de la creación de la universidad como correlato adquiere particular trascendencia. Porque la cercanía de su emplazamiento facilitaría el acceso a la educación superior (aunque, ahora sabemos, la proximidad espacial se revelaría insuficiente y sería necesario pensar otras estrategias para garantizar ese derecho). Porque tratándose de una de las pocas insti-

y cooperativas de trabajo, y colectivos de mujeres, entre otras. En el Área Reconquista, la expansión de ese campo asociativo reforzó su in-flujo en la dinámica de un territorio atravesado por la pobreza, la exclusión social, la construcción social del hábitat, los rellenos sanitarios del CEAMSE, la contaminación de la cuenca del río Reconquista, la injusticia ambiental, la cárcel y los procesos de criminalización selectiva que tanto afectan a esas poblaciones.



Alumnxs de la Escuela Secundaria Técnica presentando resultados de una investigación sobre cianobacterias del río Reconquista, con el que conviven en sus barrios (Pablo Carrera Oser)

Comunidad, universidad y expectativas

Desde su fundación en 1992, la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) ha participado de procesos de desarrollo territorial, fortaleciendo su identidad local. Desde que fue convocada a conformar la Mesa por el Pleno Empleo para afrontar la urgencia de la crisis de ese tiempo, acompaña demandas sociales de las comunidades locales y participa de diversos procesos educativos, culturales, productivos y comunitarios.

Ese vínculo cobra particular sentido cuando recuperamos la perspectiva de la comunidad. Sobre todo si consideramos que, en los años noventa, el menemismo avanzaba en las reformas y retraimiento del Estado con el impacto inmediato de las privatizaciones, el desempleo y el recrudescimiento de la pobreza en las clases populares. En efecto, el mismo año de creación de la UNSAM tenía lugar la privatización de SEGBA y la llegada de EDENOR que, con su lógica empresarial, dejaba sin energía eléctrica a los barrios del Área Reconquista al cortar su suministro. Los sectores más vulnerables eran azotados por la crisis y la imagen del basural saturado de gente con ham-

taciones sociales que aún gozan de cierta legitimidad en nuestro tiempo, pensar en las proyecciones de trabajo conjunto era esperanzador.

En definitiva, la UNSAM podía devenir una aliada estratégica para construir nuevos horizontes, producir derechos y saldar deudas históricas con los sectores más postergados. En un escenario depredado, esta es la historia de una comunidad organizada, una universidad pública y los vínculos que supimos construir.

Mucho ruido, a veces música

La otra historia que queremos contar es otro de los correlatos del impacto local de las políticas neoliberales y las sucesivas crisis sociales, incluida la del 2001. El deterioro de las condiciones de vida y de trabajo, el desempleo y el resquebrajamiento de las identidades tradicionalmente vinculadas al trabajo como experiencia vital dieron lugar a un repliegue sobre los barrios.

En San Martín fueron surgiendo experiencias de organización sociocomunitaria de fuerte raigambre territorial: asociaciones barriales, bibliotecas y bachilleratos populares; centros culturales, jardines y radios comunitarias; empresas recuperadas

En esos contextos situados, la configuración de las relaciones entre comunidad, la universidad y el Estado adquieren un sentido particular. En efecto, desde el inicio de su tiempo, la UNSAM comprendió que debía orientar parte de sus actividades sustanciales para relacionarse con su entorno inmediato, con los elementos vivos del territorio, como se dice en la jerga. Así, fue relacionándose con el mundo industrial, el polo tecnológico, la municipalidad, el gobierno provincial y nacional, la cárcel, pero también con sectores de la comunidad organizada.

La forma y la intensidad de los vínculos que la universidad fue construyendo con unos y otros fue variando. En el caso de las organizaciones sociales, podemos decir sin duda que no ha sido sencillo promover encuentros y diálogos. Sobre todo porque los saberes expertos y los saberes populares, experienciales, son considerados de distinto tipo y rango. Saber y poder -dicen- se implican mutuamente, no podemos desligarlos.

¿Cómo construir diálogos entre saberes jerarquizados, de diferente estatus? ¿Qué tensiones se generan en esos intercambios, o bien, cuán pro-

producción. Hay una mirada, una perspectiva de abrir los espacios a la comunidad. Eso hace que tengan un valor aun más importante que el mero sostenimiento del trabajo". Gisela Bustos (integrante de la Cooperativa de Trabajo 19 de Diciembre y DPIE)

"A Costa Esperanza le decíamos la villa, el asentamiento, y ahora le decimos barrio Costa Esperanza. Y eso se fue armando a partir de esto del Área Reconquista. Antes no estábamos en el plano catastral, estaba en blanco. Ahora ya tenemos nombre en nuestras calles, aunque es cierto que no direcciones. Pero hoy te vas a hacer el documento y sale el nombre de tu calle. Ya lo tenés en tu DNI, y eso es algo satisfactorio". Sandra Suly, Carrera Julca (Colectividades Unidas sin Fronteras y FM Reconquista)

Equipo Migrantas en Reconquista IDRC UNSAM:

Coordinación General

- Directora: Natalia Gavazzo
- Codirectora: Lucila Nejamkis
- Secretaria: Gabriela Capellaro
- Coordinadora de la red: Teresa Perez
- Comunicación: Virginia Giannoni, Karen Azcurra y Evelyn Schonfeld

Becarias investigadoras

- Belén Lopez
- Sofía Espul
- Romina Rajoy
- Yessica Morales
- Florencia Piñeyrúa
- Débora Gerbaudo Suárez

Instituto de Arquitectura - LabUrA

- Fabián de la Fuente
- Diego Garay
- Mayra Ruggiero
- María de los Ángeles Scetta
- Florencia Elisa Sciotto

3ia

- Vanesa Salomone
- Natalia Morandeira
- Diana Mielnicki
- María Soledad Villaverde
- Griselda Polla
- Vera Mignaqui
- Ignacio Borón

Programa de Articulación Territorial

- Ernesto Paret
- Cecilia Allemandi
- Nancy Salvatierra
- Gisela Bustos
- Ana de Mendonça
- Mario Cruz
- Aníbal Chaparro
- Waldemar Cubilla
- Claudia Cubilla
- Gisela Pérez
- Raúl Bermudez
- Gabriela Salvini

ductivos pueden ser? ¿Cómo acompañar la matriz académica con la dinámica comunitaria, la urgencia social con el *timing* político, la efervescencia creativa con la inercia refractaria de las instituciones? ¿Cómo acercar las partes, limar las asperezas, redondear las puntas, trabajar las alegorías y preconcepciones de cada quién? Desde la experiencia del Programa de Desarrollo y Articulación Territorial,¹ podemos decir que de lo que se trata es de identificar los mecanismos de reproducción de cada uno de esos campos sociales, las lógicas que subyacen. Transitar las distancias que los separan, dimensionarlas y, partiendo de su reconocimiento, promover cruces, encuentros, intersecciones. ¿Para qué? Para que la universidad sienta el pulso de esa comunidad que la rodea, la permea, la constituye. Para que UNSAM sea una comunidad desbordada.

Esa disposición para escuchar, reconocer y acompañar las demandas e iniciativas de la comunidad constituyen una ética y un hecho político en sí mismo. Promover el desarrollo de una cultura académica que poco a poco incorpora –no sin tensiones, no sin limitaciones, no sin resistencias– las voces, deseos y necesidades de los sectores más postergados implica modalidades de construcción institucional que se alejan de una lógica aca-

1. Véase: <https://www.unsam.edu.ar/articulacion-territorial/>

demicista para pensar(nos) más bien como una comunidad de aprendizaje.

La amplia experiencia del Programa de Desarrollo y Articulación Territorial de la UNSAM se ha nutrido siempre de su *alter ego*: la Mesa Reconquista. “Nosotros somos todxs”, es el *leitmotiv* en nuestro grupo de WhatsApp. “Sin berretines”, expresa la ética política que guía nuestros comportamientos, que conduce nuestras acciones porque es, ante todo, un *modus vivendi*. Esa es una de las

amplio sentido de pertenencia. Ha explorado formas de hacer y de estar. Ha producido conocimiento situado. Se animó a construir universidad en la incomodidad, en contextos tan inverosímiles como la cárcel. Abraza experiencias organizativas, cooperativas y autogestivas que surgen al calor de sus proyectos formativos. Anima a sus estudiantes y graduados a alzar su voz, incluso a riesgo de ser interpelada en su propia matriz. Expresiones como la Biblioteca Popular

ta años. Como muchas de esas experiencias trabajan en sus desarrollos junto a la UNSAM, a partir de ellas problematizamos las relaciones entre la sociedad, la universidad y el Estado desde esos contextos situados, evidenciando cómo la UNSAM ha expandido y profundizado sus acciones, estrechando vínculos con la comunidad a través de la construcción de un *territorio educativo*.

Para nosotros, el desafío de la materia es traducir la transversalidad



Asamblea de mujeres en el marco del FestiMigrantes, organizado por el programa Migrantes en Reconquista en el Museo Casa Carnacini de Villa Ballester (Evelyn Schonfeld)

Ernesto Paret es director del Programa de Desarrollo y Articulación Territorial de la Universidad Nacional de San Martín. Cofundador y miembro del equipo de gestión del Centro Universitario de San Martín (CUSAM), Unidad Penal N° 48, Servicio Penitenciario Bonaerense de José León Suárez. Miembro y cofundador de la Mesa Reconquista. Cofundador del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas (MNER). Tiene una vasta experiencia en procesos de organización y autogestión ciudadana y en el desarrollo de cooperativas de trabajo y proyectos productivos de recicladores en el Relleno Norte III, CEAMSE, Partido de San Martín, Provincia de Buenos Aires.

Cecilia Allemandi es doctora en Historia por la Universidad de San Andrés y licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Docente de grado y posgrado e investigadora de la Escuela Interdisciplinaria de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Coordinadora de la Subsecretaría de Desarrollo Territorial, Universidad Nacional de San Martín.

invaluables enseñanzas que nos ha dejado la experiencia CUSAM. Con la Escuela Secundaria Técnica hemos aprendido que “nadie se salva solo” y también, recuperando a Freire para pensar pedagogías situadas, que “la cabeza piensa allí donde los pies pisan”. Nuestro *ser-comunidad* y *constituir(nos)-universidad* nos potencia, nos hace mejores. Además, tenemos una certeza: una trama nos sostiene.

Reconocernos en las diferencias, promover la pluralidad de voces, convocar a una diversidad de saberes. Poner las alteridades sobre la mesa, problematizarlas para tramitarlas mejor. Habitar las tensiones, no para negarlas sino para construir posibilidades en ellas, sobre ellas, entre ellas, a pesar de ellas. El *hacer-en-común* posibilita un presente virtuoso y un futuro prometedor.

Territorio educativo, comunidad de aprendizaje

La UNSAM se ha dejado afectar por su entorno más próximo. Su devenir es el de una institución ecléctica, por momentos transgresora. Se ha animado a transitar este tiempo desarrollando y acompañando novedosos proyectos educativos, culturales, productivos, sociocomunitarios, que generan una identidad común, un

La Carcova o el Jardín de la Montaña –concebidas, materializadas y sostenidas por estudiantes y graduados del CUSAM– evidencian esa potencia transformadora.

No logramos dimensionar aún la importancia de tamaña experiencia. ¿Es solo nuestro el límite para visibilizarla, comunicarla, conceptualizarla? El riesgo es claro: el desconocimiento y la incompreensión de estos procesos pueden generar (¡generan!) su desvalorización académica, política e institucional. Frente a ese diagnóstico, una de las formas que encontramos de transmitir esos tránsitos fue a través de una propuesta formativa para estudiantes de grado de la universidad. Llegado este punto, lo notable es la recepción, la devolución que les estudiantes de la UNSAM nos obsequian año tras año.

La materia optativa “Territorio Educativo: experiencias formativas junto a organizaciones del Área Reconquista” se ofrece desde 2017 a estudiantes de grado de todas las carreras de la universidad. Propone abordar el conjunto de procesos y experiencias organizativas que conforman la Mesa Reconquista y que, como fuera planteado, surgieron en nuestra región al calor de los procesos históricos de los últimos cincuen-

de nuestras acciones, el entramado de lo multidiverso que es inteligible solo en apariencia, a primera vista. Las preguntas disparadoras que formulamos en la primera clase introductoria son sintomáticas: “¿Qué tienen en común una mujer presa con un compañero de una empresa recuperada, con un trabajador cirujano y las doñas de José León Suárez? ¿Qué tienen en común ellos con nosotros? ¿Qué tenemos en común vos y yo?, ¿qué nos une?”. La respuesta es sencilla: la trama. De volver asequible ese tejido social versa el curso.

La experiencia de transitar esos espacios, activar los sentidos, dejarse afectar, construir proximidad, intentar ver a través de sus ojos, es profundamente formativa. Eso es posible en el basural, en la cárcel, en el barrio, en la fábrica, en el espacio comunitario, en el aula. Porque a la realidad de un territorio en descomposición contraponemos la de un territorio educativo. Por eso, repetimos como un mantra: “Sin berretines/ todos somos compost/ nosotros somos todxs/ nadie se salva solo/ la cabeza piensa allí donde los pies pisan/ no hay justicia social sin justicia ambiental”.

De un territorio llamado universidad y su relación con una comunidad de sentido.

Una universidad sin berretines

Por Marcos Perearnau

¿Con qué se come la universidad en la cárcel? ¿Dónde empieza? ¿Por dónde pasa? ¿A través de qué formas y transformaciones? ¿Cómo y con quiénes se hace? ¿Para quiénes? ¿Dónde termina? Si toda universidad es efecto de las preguntas que se hace y la hacen, comparto algunas interpelaciones que movilizan diariamente una experiencia universitaria en territorio.

definición negativa. Para quien viene del pabellón, la universidad son los no *berretines*. De origen lunfardo, el berretín es tanto un lugar para ocultar algo, como algo que se mete en la cabeza de alguien y es difícil de sacar. La universidad en la cárcel es, en principio, sobre todo aquello que no es: allí donde no rigen los códigos y reglas del pabellón, donde se habla otra lengua y viene *gente de la calle*. Se equivocan entonces quienes consideran que lxs pibxs no tienen ideas acerca de la universidad. ¿Por qué es tan importante partir de sus definiciones? Porque es solo en esa relación que podremos encontrarnos con el sujeto concreto y hacer empezar la universidad donde no estaba pre-

¿Con quiénes?

El pibe que estudia con un “vigi” es gil. Y el “vigi” que comparte el aula con un preso es un “presero”. No estudiar con un “vigi” es un berretín de lxs del servicio penitenciario. Berretines de un lado y de otro. El CUSAM, la universidad, también con sus berretines, abre ese espacio común donde tanto quienes están privados de su libertad –hombres y mujeres– como quienes trabajan en el servicio penitenciario pueden estudiar juntxs. Los programas universitarios en contexto de encierro de nuestro país han dado respuestas distintas a la pregunta *¿con quiénes?* En el CU-

aprende a leer esas otras escenas –penitenciarias, judiciales, familiares– que están en juego solapadas en el espacio educativo.

Dar una clase en la cárcel es crear las condiciones para poder darla. No están dadas, no son un presupuesto. Eso exige invención, lucha y negociación, “que bajen a los pibes del pabellón”, crear un pacto distinto al punitivo y al cálculo del “beneficio educativo” para reducir el tiempo de la condena. Ponerse afuera, salirse de sí: una universidad sacada donde lxs estudiantes puedan estar y sentirse adentro. Y, al mismo tiempo, generar “fugas” para que estudiantes del campus compartan formación y experiencias con estudiantes privados de libertad en CUSAM.

¿Con qué se come la universidad?

Con los talleres artísticos. La primera forma de la universidad en la cárcel es un poema escrito en el taller de poesía, la letra de un rap en el taller de música, arcilla en las manos en el espacio de cerámica, una dramatización en teatro del oprimido. La universidad hace las veces de un centro cultural capaz de componer con lo que sienten, imaginan, piensan nuestrxs estudiantes. Las primeras materias de Sociología y Trabajo Social aguardan pacientes en el cronograma de la cartelera el proceso que ven iniciar en las aulas vecinas con los talleres.

¿Cuánto gana un sociólogo?

En los comienzos del CUSAM, esta era una pregunta recurrente de nuestros estudiantes. En la cárcel, y fuera de ella, todo forma parte de un cálculo. Once y ocho. Tres y cuatro. Así se nombra el tiempo de la condena, el largo de la sombra de quien está preso. En la cárcel, como en la universidad, la disputa por la ocupación de los espacios es fundamental, pero lo mismo podemos decir de la ocupación del tiempo. Una trayectoria universitaria, las “carreras”, permiten disputar los años de condena, significarlos de otro modo, darles un nuevo sentido y dirección. Para el tiempo de la pena, el sujeto es culpable. Para el tiempo universitario, el sujeto es un estudiante que pasa de ser objeto de estudio a sujeto de conocimiento. Se desplaza así una causa penal por una causa universitaria que no deja al sujeto detenido, sino que lo pone en movimiento y transformación. Lo proyecta.

La pregunta por cuánto gana un sociólogo, que lxs docentes respondían con sus precarias condiciones materiales de vida, hacía aparecer en el horizonte de libertad la cuestión del trabajo y la posibilidad de otra forma de existencia. “No existe la representación social de un pibe chorro sociólogo”, decía un graduado del CUSAM, que fundó una biblioteca popular en su barrio cuando recuperó la libertad. Es cierto, tan cierto como que hoy, catorce años después, un graduado de CUSAM formado en contexto de encierro investiga en el



Estudiante de CUSAM, en el penal de José León Suárez (Pablo Carrera Oser)

¿Cómo empieza la universidad en la cárcel?

Desde hace catorce años un cartel recibe a quienes ingresan al CUSAM. Un cartel escrito a mano donde se lee “Sin berretines”. Es una advertencia. En principio, para quienes “bajan” de los pabellones a estudiar en el centro universitario. El cartel habla una lengua no universitaria, pero nos está diciendo algo fundamental. ¿Cómo empieza la universidad en la cárcel? La universidad empieza con una

vista. La universidad “no es para mí” es el punto de partida de la mayoría de nuestrxs estudiantes. Del mismo modo que tampoco estaba previsto para el proyecto de la universidad abrir una sede en la cárcel.

Uno de los primeros efectos que tiene la universidad en la cárcel es el reconocimiento de los berretines y su interrupción. La universidad funciona como corte de las lógicas del pabellón y penitenciarias. Es una frontera interna a la cárcel. La lengua tumbera es un berretín, es cierto, no solo es portadora de esas lógicas sino que forma parte de ella. Por eso para que sea comprendido el mensaje del cartel, es preciso hablar la lengua tumbera por última vez, cada vez. Un límite interno, que no pone la universidad, hecho fundamental, sino los propios estudiantes. Si suspendo los berretines, accedo a la vida universitaria. Pero el cartel “Sin berretines” también es una advertencia para la universidad y las demás instituciones. ¿Cuáles serían esos “berretines universitarios”?

SAM estudian personas privadas de libertad, trabajadorxs penitenciarios, estudiantes con domiciliaria, estudiantes del campus.

¿Cómo pasa la universidad?

La universidad no estaba prevista ni para quienes están privados de su libertad ni para la propia institución. Universidad imprevista, que funciona como corte de las lógicas penitenciarias y otras dramaturgias de vidas. Ahora bien, el problema siguiente es cómo articular una vida universitaria con las trayectorias intermitentes y frustradas de nuestrxs estudiantes. Expulsiones de escuelas, años de primaria que coinciden con años de condena en escuelas de distintas unidades penales del país, o que deben volver a repetir por el traslado a otro penal.

Para *pasar*, la universidad en la cárcel se monta al *a todo ritmo* de lo que está pasando, se incorpora a las conversaciones, se complementa con la autogestión de lxs estudiantes,

Marcos Perernau es licenciado en Filosofía y doctorando en Historia y Teoría del Arte por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como director del Centro Universitario San Martín (CUSAM-UNSAM). Coordina la diplomatura en Arte y Gestión Cultural (EAYP-UNSAM). Es jefe de trabajos prácticos de la materia Estéticas comparadas (UNIFE).

marco de una beca CONICET. Como también hay estudiantes que tras recuperar su libertad no pueden seguir estudiando porque la educación camina con dos piernas y falla la "pata laboral". Y estudiantes que se organizaron en una cooperativa, crearon su propio empleo para cuidar y ejercitar una libertad colectiva, y reciben a quienes salen en libertad.

¿Cómo se hace?

En el último encuentro del ciclo de formación organizado por la Secretaría Académica para docentes universitarios y organizaciones del territorio, Margarita Palacios, una de las fundadoras del jardín La Colmena, dijo al pasar: "Esta escuela no está hecha pedazos, está hecha con pedazos". Uno podría decir que la tarea diaria de la universidad en territorio es la articulación entre múltiples actores (municipalidad, barrio, organizaciones, escuelas, juzgados, empresas recuperadas, cárcel, un largo etcétera) que sean capaces de entamar un lazo social hecho pedazos. Y es por ello que la universidad en territorio parece ser muchas veces otra cosa que universidad: una campaña de prevención de cáncer de útero para mujeres detenidas con el área de salud de la municipalidad, por ejemplo.

¿Para quién?

En el patio del pabellón hay una mesa servida con gaseosas y sanguchitos, y detrás, un mural que se extiende en una de sus paredes laterales. Están presentes en los festejos del primer año del pabellón universitario femenino, el número 3 de la Unidad Penal 47, la directora de la unidad junto a su equipo, autoridades del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires, docentes y equipo del CUSAM. Las estudiantes presentan la imagen del mural, que narra una transformación. Hay una flor de loto, pero también el dibujo del zorro que, alguien aclara, representa al servicio penitenciario.

Un siglo atrás, en 1903, Florencio Sánchez escribía *M'hijo el doctor*. Un drama rural sobre el conflicto generacional de Julio, joven que va a estudiar medicina a la ciudad y choca con los valores de su padre campesino cuando vuelve al pueblo. El siglo XX depositó en la universidad la fantasía de la movilidad social ascendente como destino para sus hijos. Pero en esta universidad, en la del siglo XXI, hay un nuevo sujeto, que son las madres. Primarias la mayoría, condenadas por "narcomenudeo", son mamás que están estudiando una carrera universitaria luego de haber criado o todavía criando a sus hijxs a la distancia.

Al final de la obra del dramaturgo uruguayo, Julio, en vez de contraer matrimonio con Sara, se casa con Jesusa, hija de campesinos. Hay una alianza de clase. Mientras tanto, en la unidad 47 se escribe silenciosamente *Mi mamá doctora*.

¿Dónde termina?

La cárcel saca a la universidad hacia fuera de sus campus y la lleva a lo que no conoce. La conecta con su genuino deseo de saber en la composición con saberes populares. Al mismo tiempo, una universidad sacada abre la cárcel en un ida y vuelta constante. Esta experiencia en territorio no busca poner a la universidad cabeza para abajo, patas para arriba, busca en cambio hacerla girar, darla vuelta para encontrarle la vuelta. Y en esas contorsiones siempre han sido fundamentales su capacidad para institucionalizar procesos y fortalecer experiencias emergentes, sus reglamentos, que dan marco y protección a espacios de autonomía amenazada, como también el reconocimiento académico que legitima saberes que experiencias no universitarias han formulado.

A diferencia de la autopista del Buen Ayre, el camino de la universidad en la cárcel no es lineal ni recto, es con curvas, como el río Reconquista que pasa por detrás del complejo penitenciario. Somos una universidad conurbana cuyo movimiento pasa por la cintura. Descentrada es capaz de cinturar los problemas. ¡No te comas la curva!, aprendimos. Su tiempo es también en curvas que forman ciclos, no solo lectivos. La educación es un ciclo que se acopla, se superpone, se apoya con otros ci-

Manifiesto por una universidad de proximidad

Por José Garriga Zucal

La universidad tocó el fondo, de San Martín y de la sociedad. Desde su génesis la UNSAM tiene una impronta que la caracteriza. Toda institución habita un espacio. Sin embargo, la UNSAM tiene en la relación con su territorio un deseo de intervención. Anhela, entre otras muchas cosas, ser una *universidad de proximidad*, de cercanía. Quiere formar a estudiantes esquivos a la tradición universitaria y quiere salir de sus límites. Esta particularidad es parte de un proyecto de transformación social que aspira, al ampliar los bordes de la universidad, a forjar una sociedad más justa e igualitaria. Esta ambición tiene un costo: la universidad, al formar, se transforma, perdiendo algo de aquello que la constituye. Formar, transformar y transformarse son los eslabones de una universidad de proximidad.

Formar

Desde su concepción, la UNSAM se propuso interpelar a un nuevo público. Una universidad en el conurbano es una invitación a que estudien quienes antes no llegaban o abandonaban la

educación superior por el trajín de viajar una, dos o tres horas. Una universidad nacional, pública y gratuita a dos estaciones de tren o a veinte minutos de colectivo es una tentación mayúscula que revive la imaginación de "mi hijo el doctor". En la UNSAM no se cursa la carrera de Medicina, pero en 2021 el 47% de sus egresados y el 50% de sus estudiantes ingresantes son lo que se llama "primera generación"¹. Se trata de familias que por primera vez tienen a uno de sus miembros dentro de una universidad. La proximidad en este primer sentido, la cercanía física, permite ampliar el derecho de acceso a la educación superior.

Pero por las aulas también pasan los estudiantes prototípicos, aquellos que Bourdieu llamó "los herederos" de la tradición universitaria, para quienes ese destino es un mandato ineludible. Herederos son quienes generación tras generación habitan aulas, laboratorios y bibliotecas. Estos, al compartir su formación con los que llamamos "primera generación", comprenden -algunas veces con resistencia- la potencia inclusiva del acceso



Asamblea de mujeres en el marco del FestiMigrantes, organizado por el programa Migrantes en Reconquista en el Museo Casa Carnacini de Villa Ballester (Evelyn Schonfeld)

clos. Asumir el tiempo en ciclos es también reconocer que puede haber retrocesos, "reincidencias", vueltas, revueltas, retornos. Y que la potencia está en la capacidad de reciclarnos: sin ir más lejos, el campus de nuestra universidad era terreno ferroviario, en su tornavías giran las aulas. Este movimiento desplaza no solo a los sujetos e instituciones, sino también al territorio: de un Área Reconquista significada como "tierra de nadie", o adueñada por la delincuencia y el narcotráfico, estudiantes en libertad reconquistaron su palabra y fundaron un "territorio educativo".

José Garriga Zucal es

subsecretario de desarrollo territorial de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Doctor en Antropología Social (UBA), investigador independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor de la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES/UNSAM).

a la educación pública. Esta heterogeneidad transforma a los herederos.

La heterogeneidad poblacional que conlleva la ampliación de derechos a la universidad supone un enorme desafío pedagógico. Para les docentes, la formación en una población heterogénea es de una riqueza inigualable. Obvio que la universidad está más cómoda formando a herederos que a recién llegados, pero esta incomodidad significa un reto muy estimulante aunque quede mucho, muchísimo, por hacer.

1. Véase: <http://www.unsam.edu.ar/informacion-publica/indicadores.asp>

Además, el deseo de proximidad de la universidad borra los límites del campus. Con diferentes estrategias, la universidad intenta involucrar a estudiantes, docentes e investigadores con experiencias que los saquen de la comodidad de las aulas para comprender e intentar transformar la realidad de lo que pasa a tres estaciones de tren o a doce minutos de colectivo. Esa salida invita a una experiencia de transformación. Les estudiantes de arquitectura que van hasta el fondo de San Martín, a una zona empobrecida, para pensar un proyecto de intervención cambian –algo, un poco, mucho– su mirada sobre la sociedad. Comprenden, entre otras cosas, que la universidad puede ser una herramienta de intervención y que sus acciones pueden colaborar en mejorar la calidad de vida de los más postergados.

Decíamos que la proximidad fuer-

resultado de demandas, pedidos varios y vínculos con actores y organizaciones que vapulean la tradición conservadora de la universidad (habiendo sido también vapuleados por ella).

Transformar

Formar es transformar y transformarse, es construir subjetividades, moldear miradas, o intentarlo. Así, les estudiantes que pasan por la universidad incorporan la perspectiva de una sociedad más justa e igualitaria. Así se transforman. Pasar por la universidad es transformarse. Obvio que esta incorporación es siempre parcial, inacabada y superpuesta con otras experiencias.

Esta transformación es siempre parte de un proceso colectivo y expansivo que no solo les cabe a los estudiantes. Docentes e investigado-

docentes cuando se topan desde otros lugares con esas realidades y saberes. Cuando una investigadora analiza las dinámicas escolares en una barriada de San Martín y para hacerlo se sumerge en el barrio, en la escuela y en sus lógicas, cambia su mirada sobre la sociedad. Salir de la universidad golpea, interpela prejuicios, obliga a interiorizarse en otras realidades. Y así, la universidad de proximidad crea agentes de transformación social (inacabados e imperfectos).

Además, la universidad influye en dinámicas relacionales. Un estudiante del CUSAM no cambia solo por leer a Michel Foucault, cambia porque sabe que en ese espacio la conflictividad se puede resolver de otras formas. Un cartel da la bienvenida en el CUSAM: “Sin berretines”. Es un mensaje poderoso para todos los estudiantes, les explica que están

tre iguales y afronta el desafío de ser un agente de cambio social, se transforma. Decíamos que la heterogeneidad del alumnado es un desafío pedagógico que obliga a docentes a nuevos compromisos. Decíamos, también, que al desbordar los límites de la universidad, estudiantes, docentes e investigadores cambian su perspectiva sobre la sociedad pero también sobre la universidad y sus objetivos. Repetimos: salir es transformarse, ampliar los públicos es transformarse. La repetición en este apartado es una estrategia pedagógica y política: repetimos para convencer y convencernos.

En este ejercicio de salir y ampliar, la universidad muta en un doble sentido. Por un lado, formar e investigar teniendo como objeto una sociedad más justa e igualitaria es una modificación de las lógicas de acción académicas, ya que obliga a ser reflexivos sobre el lugar de la educación superior en la sociedad y sacude los pilares más conservadores sobre los que se asientan nuestras prácticas. Nos exige pensar para qué hacemos lo que hacemos. Esquivando los instrumentalismos tontos, que olvidan que todo saber es siempre un saber situado, requiere una creatividad mayúscula para comunicar y tramitar conocimientos básicos y aplicados.

Por otro lado, cuando la universidad sale y se amplía, se encuentra con saberes que no puede deslegitimar si desea ser un agente de transformación. El saber académico instaura un diálogo con otros saberes que nos obliga a bajar de los pedestales, a escuchar otras voces y reconocer otras miradas. Ese saber otro, esa alteridad del saber, dialoga de igual a igual con una física, con una socióloga o con una arquitecta. Reconocer esas otras lógicas es un paso necesario para que cualquier emprendimiento que supere los límites de la universidad llegue a buen puerto. Se trata de resistir la mirada jerárquica del mundo académico que cree que sabe lo que pasa y escucha al otro solo como gesto benevolente. Cada vez que la universidad valida esa alteridad, muchas menos veces de las que queremos pero más de las que podemos enumerar en estas páginas, la transformación es efectiva.

Los tres eslabones de esta cadena son frágiles, pero de una potencia inigualable. Fortalecer esta cadena es atentar contra la pulsión conservadora del sistema de educación superior, romper la tranquilidad del intercambio entre iguales, sortear la inercia academicista. Esta es la base para una universidad de proximidad que desea ser un engranaje del cambio social.



Cierre de año en CUSAM, invitado: León Gieco (Pablo Carrera Oser)

za los límites y, a veces, los desborda. Llega a otros lados, interpela a otros públicos. La universidad realiza dos grandes intervenciones donde se borran sus límites: el CUSAM y la Escuela Secundaria Técnica. En ambos casos, como bien relatan los trabajos que componen este suplemento, la universidad tomó el compromiso de la transformación en los territorios a donde antes no llegaba. Ambos proyectos se articulan con una innumerable cantidad de intervenciones que desdibuja las fronteras institucionales: desde el vínculo con una cámara empresarial del partido de General San Martín hasta la medición de la contaminación del aire en el área del río Reconquista. La UNSAM sale, se acerca, se desfigura y trastoca. Y muchas de estas intervenciones son

res –al igual que estudiantes–, cuando mutan su mirada sobre el mundo, son difusores de ese cambio.

Un estudiante del CUSAM que, al recuperar la libertad, crea en su barrio una biblioteca o un merendero está dejando un potente mensaje sobre la posibilidad de otras expectativas vitales, otros recorridos que burlen los destinos –más o menos ineludibles– que se forjan en los contextos de vulnerabilidad social. Es necesario aquí recordar a uno de los egresados de la universidad que siempre dice que durante años tuvo un arma –un fierro– y que el paso por la universidad le dio otra: la palabra.

Así como el estudiante privado de su libertad cambia cuando pisa la universidad, ese cambio es también el que sucede en investigadores y

ingresando a la institución universitaria y que allí las lógicas carcelarias –tumberas– no aplican.

La universidad, cuando toca el fondo, lleva sus formas, cuando sale de sus límites trafica también sus maneras. Propone, así, otros vínculos, otros lazos. Un libro en una villa, un proceso electoral en un centro de estudiantes en una cárcel, son herramientas de las sociedades democráticas que la universidad moviliza para contribuir a la misma sociedad.

Entrar y salir. El ingreso de los recién llegados y la salida de los herederos son las dos caras de una misma moneda: la transformación.

Transformarse

Una vez más: cuando la universidad sale de la comodidad del diálogo en-

Staff. Rector: Carlos Greco. **Secretario de Cultura, Comunidad y Territorio:** Mario Greco. **Edición general:** Micaela Cuesta. **Colaboran en este suplemento:** Anaïs Roig, Cecilia Allemandi, Ernesto Paret, José Garriga Zucal, Marcos Perearnau, Mario Greco, Proyecto Migrantas. **Agradecimiento:** Virginia Giannoni por la curaduría de los fragmentos del Proyecto Migrantas, y a todas las que participaron de esa experiencia.